

SECUESTRADA

Yo soy una paloma. No sé si blanca, gris o de colores porque, como todos ustedes ya sabrán, no puedo reconocermme en el espejo.

Un señor ya entrado en años, llamado Noé, entre todos los animales de su arca me eligió a mí para ver si La Tierra seguía inundada. Volé un trecho corto y regresé, el diluvio no cesaba. A los siete años me volvió a encargar la misma misión. Cuando llegué a su lado llevaba una hoja de olivo en el pico y, por tanto, el nivel de las aguas había disminuido considerablemente. Este hombre parece ser que tenía fijación con el número siete, porque transcurrido ese periodo de tiempo tuve que salir de nuevo a ver cómo estaba la situación, pero no volví. La verdad es que ya estaba un poco cansada del tema, del número siete y del jefe. Además, como había muchos árboles y muchos frutos, para mi salud era más conveniente permanecer a mi aire por los campos y montes. Esta decisión mía fue considerada símbolo de la paz y de la libertad. No me pregunten por qué. Yo solo soy un ave y no consigo entender los conceptos abstractos.

Es, sin embargo, a un pintor famoso, muy famoso, al que le debo mi popularidad. ¿Les suena Picasso? Pues, efectivamente, de este es del que estoy hablando. Le gustaba pintar mucho desde pequeño. Como en el palomar de su casa vivíamos muchas y teníamos la manía de movernos constantemente, era todo un reto para él dibujarnos. Pero el chiquillo tenía maña y eso de utilizar el lápiz no se le daba nada mal. Nos cogió tanto cariño que aparecemos en varios de sus bocetos y de sus cuadros. Bueno a lo que vamos. Al terminar la segunda gran guerra, la primera acabo tan mal que nadie quiso saber nada de la cordialidad, la paz, la concordia... En fin elijan ustedes la palabra que consideren más pertinente. Como decía, al terminar la segunda gran guerra, le pidieron al señor Pablo Picasso que compusiera una obra para el Primer Congreso Mundial de la Paz que se iba a celebrar en París. De modo que ni corto ni perezoso, me plasmó en una litografía vestida de blanco sobre fondo negro. Estaba preciosa, mi plumaje llamaba la atención, era magnífico. Se llegó a decir que se trataba de “una de las obras más bellas jamás conseguida”. Llegó a estar tan entusiasmado con el asunto que a su hija le puso el nombre de Paloma y, más tarde, a su nieta la llamarían Paz. Durante mucho tiempo esta versión litográfica mía permaneció expuesta en la Tate Gallery, pero actualmente si me quieren contemplar de esa guisa, tendrán que ir al Museo de la casa natal del artista. En años sucesivos me representó de distintas formas, todas ellas me gustaron, no cabe

duda, aunque, si solo pudiera optar por una, me quedaría con la primera. Como ven soy algo conservadora, me gusta lo tradicional, lo de siempre.

Los hippies, aquellos que lucían largas cabelleras, pantalones acampanados, colgantes, muñequeras y vestidos largos cuando contemplaban los atardeceres, me pusieron de moda. Yo aparecía con una rama de olivo en el pico y volando. Según ellos, el que estuviera volando representaba el deseo de alcanzar la paz. Claro, lógico, las guerras seguían asolando diferentes sitios del planeta, destacando en esos primeros años del movimiento, la de Vietnam. En fin, aquello no dejaba de ser un trampantojo, una ilusión, una quimera.

Años más tarde y estamos hablando de la década de los ochenta del siglo veinte, un escultor vizcaíno, Néstor Basterretxea, el mismo que decoró la cripta del Santuario de Aránzazu, exiliado con su familia en Francia por la guerra civil española, me esculpió como un animal de hierro de siete metros de alto, nueve de ancho y uno de fondo, posteriormente me revistió con poliéster blanco. En esa época en el País Vasco eran muy frecuentes los secuestros y las muertes por disparos a bocajarro, bombas lapa y coches bomba. Estas acciones se extendían también a otras comunidades autónomas españolas. Estando así las cosas, las autoridades democráticas del Ayuntamiento de San Sebastián le encargaron a este señor que realizase una obra monumental que simbolizara el compromiso de la ciudad con la paz, la libertad y la convivencia. Otra vez yo como emblema de “la facultad que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, responsabilizándose de sus actos” o de “el derecho que asegura la libre determinación de las personas”, así como imagen de “la relación de armonía entre las personas, sin enfrentamientos, ni conflictos” o de “la situación en la que no existe lucha armada en un país o entre países”. Ya disculparán, he considerado necesario acudir al diccionario de la Real Academia Española para aclararles, en la medida de lo posible, los conceptos de libertad y de paz, aunque mi cerebro sigue sin entender una palabra. En vasco, esta representación escultórica mía se denominó Bakearen Usoa, tampoco fue nada original, Paloma de la Paz en castellano. Como era de dimensiones tan grandes, al fin y al cabo le habían pedido una obra monumental, primero me ubicaron en la playa de Zurriola, frente al Golfo de Vizcaya, luego me llevaron a la Plaza Aita Donostia, frente al Estadio de Anoeta, donde jugaba la Real Sociedad y más tarde me volvieron a situar en Zurriola. Acabé un poco mareada, pero, eso sí, siempre me tenían que ver de frente, porque si me miraban de lado quedaba reducida a un amasijo de láminas de hierro bien trenzadas.

Desde mi inauguración tendrían que pasar veintidós años hasta que la organización armada ETA declarara el final definitivo de su lucha.

Hace seis años otro artista de gran talla internacional, Fernando Botero, me encarnó con un cuerpo de bronce al que posteriormente pintaría de blanco. En este caso la escultura es bastante menor de tamaño, solo unos setenta centímetros, pero claro es que Botero no es del mismo Bilbao, sino de un poco más abajo, de Colombia. Como habrán podido observar, estimados lectores, todos, absolutamente todos coinciden en adjudicarme el color blanco. Y digo yo, ¿no existe ninguna paloma negra o quizá gris? Este señor manifestó en un acto público de gran trascendencia: “Quise hacerle este regalo a mi país para expresar mi apoyo y mi solidaridad con el proceso de paz que brindará un futuro de esperanza e ilusión a todos los colombianos”. Para facilitarles una mejor comprensión de tal proceso, he consultado las hemerotecas y allí se manifiesta que el conflicto armado comenzó en 1960 y terminó, tras cuatro años de negociaciones, con el acuerdo de paz firmado en noviembre de 2016 entre el Estado y el principal grupo guerrillero, las Fuerzas armadas revolucionarias de Colombia-Ejército del pueblo (FARC-EP). Pero tengo que comunicarles que la violencia no había terminado, puesto que algunos grupos guerrilleros menores no respaldaban la conciliación y hubo, igualmente, algunos incumplimientos por parte del Gobierno y el poder legislativo.

Como conclusión de todo lo comentado anteriormente y de lo que se ha quedado sin relatar, debo decirles, queridos lectores, que a lo largo de mi vida, durante mucho tiempo, no recibí buenas noticias a las que aferrarme. Es más, creo que pocas veces me sentí del todo querida y en bastantes ocasiones ni siquiera bien acogida.

A pesar de sentirme denostada y desamparada, en mi conciencia siempre pesó más la esperanza que el desengaño. Así que, dispuesta como estaba a no rendirme, dejé de volar hacia el tanatorio y, haciendo un giro brusco de ciento ochenta grados, decidí darme una nueva oportunidad. Pero alguien muy poderoso pensó que ya estaba bien de dar la lata y decidió raptarme sin ningún tipo de rubor ni miramiento.

Ahora vivo en un armario de cristal de alta seguridad con las alas abiertas y una ramita de olivo en el pico para que otros puedan soñar.

“Relatos sin sordina”